

Sáb
10
Oct
2015

Evangelio del día

Vigésimo séptima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Dichosos los que escuchan y cumplen la Palabra”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Joel 4,12-21

Esto dice el Señor:

«Que se movilicen y suban las naciones al valle de Josafat, pues allá voy a plantar mi trono para juzgar a todos los pueblos de alrededor.

Echad la hoz, pues la mies está madura; venid a pisar la uva, que el lagar está repleto y las cubas rebosan.

¡Tan enorme es su maldad!

¡Muchedumbres, muchedumbres en el valle de Josafat!

Pues se acerca el Día del Señor en el valle de la Decisión.

Se oscurecen el sol y la luna, y las estrellas perderán su brillo.

El Señor ruge en Sión y da voces en Jerusalén; temblarán cielos y tierra.

Pero el Señor es abrigo para su pueblo, refugio para los hijos de Israel.

Sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios que vive en Sión, mi santo monte.

Jerusalén será santa y los extranjeros no pasarán más por ella extranjeros.

Aquel día, las montañas chorrearán vino nuevo, las colinas rezumarán leche, y todos los torrentes de Judá bajarán rebosantes.

Y brotará una fuente de la casa del Señor que regará el valle de Sitín.

Egipto será una desolación y Edón un desierto solitario, por la violencia ejercida contra Judá, cuya sangre inocente derramaron en su país.

Judá será habitada para siempre y Jerusalén de generación en generación.

Vengaré su sangre, no quedará impune. El Señor vive en Sión».

Salmo de hoy

Salmo 96 R/. Alegraos, justos, con el Señor

El Señor reina, la tierra goza,
alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregongan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 11,27-28

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a la gente, una mujer de entre el gentío, levantando la voz, le dijo:
«Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron».

Pero él dijo:

«Mejor, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Dichosa tú, porque has creído” (Lc 1,45)

Lo primero que llama la atención es la espontaneidad de una mujer buena, sencilla, sincera y auténtica. Y con seguridad que Jesús también lo vio así, al margen de esa aparente lejanía en su respuesta. Todos ven al mismo Jesús; sin embargo, los fariseos, escribas y sacerdotes no se sienten conmovidos por él, ni por lo que dice y hace, sino más bien con miedo de que les pueda quitar el protagonismo, fama y autoridad que tenían. Esta mujer, haciéndose eco del sentir de los y las que escuchaban a Jesús, bendice a su madre, gracias a la cual pueden oír lo que oyen y ver lo que ven.

Jesús no desautoriza a la mujer ni se siente a disgusto por el piropo hacia María. Únicamente aprovecha la oportunidad para aclarar dónde reside la auténtica grandeza y los lazos familiares del nuevo Reino de Dios. Aquello que da lugar a ser dichosos y bienaventurados no son los lazos biológicos, sino los espirituales. Alguien es dichoso, dichosa, si cree en el don de Dios, en su gracia, y trata de vivirlo y practicarlo. Certo que María ha concebido a Jesús, pero, como decían los clásicos, lo ha concebido con la fe antes de hacerlo con el vientre. Por eso, su dicha y bienaventuranza no se limita al seno y a los pechos, sino a toda su persona: “Dichosa tú porque has creído”. En el Reino de Dios, lo importante y decisivo no va a ser el parentesco con Jesús, sino abrirse a la gracia, escuchar la Palabra y hacerla vida.

Para que escuchen y cumplan, escuchemos y cumplamos

Cuando Jesús dice hoy: “Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”, ¿a quiénes se refiere? Pienso que nadie discutirá que se refiere a todos sus seguidores. Yo quisiera decir hoy una palabra a estos seguidores bajo el aspecto de “enviados”, de llamados para la misión de anunciar la Buena Noticia del Evangelio. Si el anuncio es según las consignas de Jesús, será más fácil la escucha y se llegará con más seguridad a la dicha y bienaventuranza.

Según nosotros, para eso hay que estar muy bien formados, bien equipados, poseer los mejores medios y, en concreto hoy día, conocer muy bien la Nueva Evangelización. Según Jesús, es distinto. Quizá el mejor texto para conocer lo que pensaba a este respecto sea el que describe los consejos que da a los discípulos cuando los envía de dos en dos a una de sus primeras experiencias apostólicas (Mc 6,7-13): “Les encargó que llevasen para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto... Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban”. Así comenzó Jesús y sus discípulos la evangelización, ligeros de equipaje, y con la mayor sencillez. Eso sí, Jesús les dio autoridad, no sobre las personas a quienes iban enviados, sino sobre los espíritus inmundos, o sea, sobre el mal. Necesitamos descubrir que lo que se espera de nosotros es que vivamos con sencillez y autenticidad. Que aunque no seamos los más sabios, seamos los mejores testigos, los más convencidos de lo que anunciamos. Y que nos vean generosamente solidarios, sin otro interés que ofrecer con respeto, pero con convencimiento, el tesoro que se nos entregó: la Buena Noticia del Evangelio. Y que nunca nos prediquemos a nosotros mismos, sino a Jesús y su Buena Noticia; él es quien nos envía; que así nos vean. Así seguro que será más fácil escuchar la Palabra para, luego, cumplirla.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)